

TALLER

TexToS BrevES

PRIMERA VERSIÓN:

TINTA Y TINTO

TALLER TextOS BreVeS

PRIMERA VERSIÓN

AÑO 2024

FECHA:

Abril-noviembre

LUGAR:

Laguna de Zapallar

IMPARTE:

Florencia Ana

INTEGRAN:

Marisa Sepúlveda Urzua

Paulina Salas Sáez

Macarena Paz Reyes Clavero

Pablo Javier Erpel Orellana

María de los Ángeles Turner Paul

María Rosario Chereau González

Isabel Torres Molina

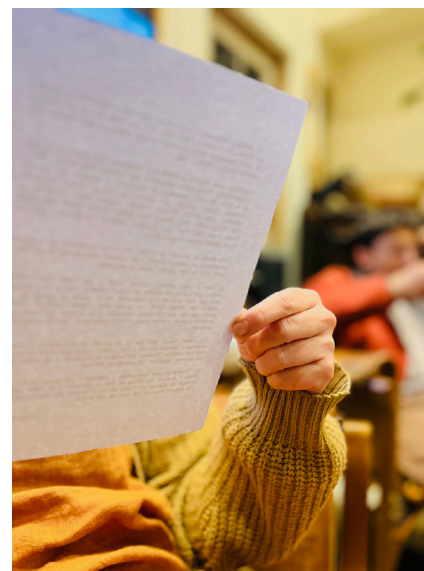
Angélica Arellano Risopatrón

Inuit Burucker Bowen

Amanda Videla Rodillo

fANzINE

TalleR TexToS BrevES



Comenzaba abril y diez estudiantes se juntaban, por primera vez, a escribir. Entre ellos, sólo una mesa de encina maciza. El pudor desapareció como si nunca hubiese estado y dejó espacio para la escritura.

Exponer el alma, hacerla transparente y sangrante. Nos reuníamos a jugar y experimentar. En la puerta, el ego pidiendo entrar; adentro, de la mano del vino, dejábamos de escucharlo y, guiados por grandes escritores, fuimos viajando por submundos: Hebe Uhart, Samantha Schweblin, Ricardo Piglia, Ursula K. Le Guin, Nikolái Gógol, Virginia Woolf, Marguerite Duras, Edgar Allan Poe, Julio Cortázar, Georges Perec, entre otros.

Como Dante, de la mano de Virgilio, nos hemos sumergido en nuestros inconscientes, en nuestros miedos y en nuestras capacidades de escribir textos cada vez más agudos, reales y desnudos.

La mesa, al medio, sostiene nuestras copas y, por sobre todo, nuestro espíritu. Uno que en las tertulias se vuelve colectivo. Ella ha sido ejemplo para casi todo: para la fragmentariedad de un objeto, la rigidez de un material, esa misma dureza que puede tener nuestro padre o nuestra abuela, ese olor que me puede transportar a un bosque, esa mesa que se puede observar y narrar desde arriba o desde abajo. Ella, la protagonista silenciosa.

Estoy honrada de haber acompañado y sostenido a este grupo, espero haber estado a la altura. Agradecida de todo lo aprendido y de haber tenido el privilegio de observar cómo cada escritor y escritora iba apareciendo como una pequeña escultura que nace de un tronco.

Acá, nuestro trabajo, para que no se esfume como el olor de la encina. Como un homenaje a nosotros mismos, a este espacio íntimo que hemos construido. Uno que creemos necesario en tiempos de máscaras y de acero. Aquí, una pequeña resistencia. Un puñado de escritura.



SOBRE LA ESCRITURA:

El arte más vulnerable,
un lugar donde el ego y el alma se abrazan.

Un corazón estrujado.

Sacarse las vidas de adentro,
escribir y leer para sentirnos.

Ver aparecer lo que el alma calla,
leer lo que uno siente en la escritura del otro.

Valentía, exposición;
liberar en el papel lo más profundo.

No estar solo, no estar sola.

Escribir como un ejercicio colectivo.

Escribir para deshilacharnos.

Para sanar.

TINTA Y TINTO

(Grupo de escritores
y escritoras de un pueblo cualquiera)

MARISA

VOLVER

Fue un primero de marzo, lo tengo claro porque el día anterior había sido bisiesto. Estaba calentando agua para un café cuando sonó el timbre. Me pareció raro a esa hora. Cuando abrí la puerta no estaba preparada para verlo ahí. Retrocedí como si hubiera visto un fantasma. Después de una década, ahí estaba Ricardo. Más viejo, más flaco, con el pelo casi blanco; los ojos grises eran los suyos. —Hola Sole, ¿puedo pasar? Desde esta mañana que te llamo y no contestas —dijo mientras entraba al living como si hubiera salido de casa ayer. Parándose frente al ventanal, miró hacia el jardín—. Cómo ha crecido el liquidámbar.

Después de tanto tiempo entró a mi casa para comentar el liquidámbar. No lo podía creer. Mi cabeza daba vueltas sin articular palabra. —Estás igual —me dijo al voltearse.

Inconscientemente me acomodé el pelo y me saqué los anteojos. —Tú estás más viejo— atiné a decir.

—Cierto, no puedo negarlo. Jubilé este año y no pude soportar más Estados Unidos. No se puede envejecer en país ajeno.

—¿Volviste solo?

—Me separé hace cinco años.

Fui a la cocina a buscar el café. Recuerdo que cuando se fue nos dimos un abrazo largo y un beso dulce. Le deseé buena suerte y prometimos mantenernos en contacto. Lo mantuvimos durante un par de años, mientras nos acostumbábamos a vivir el uno sin el otro. Después los mails y los mensajes se fueron distanciando paulatinamente y, al final, solo llegaba algún saludo de Navidad o cumpleaños.

Ricardo tomó el café lentamente, sus ojos grises recorriendo mi cara y seguramente analizando mi nueva geografía. Cuando dejó la taza vacía en la mesa, me volvió a mirar.

—Tengo algo que proponerte —dijo.

Así fue como, sin pensarlo, le arrendé la pieza de alojados. «Solo por un tiempo, mientras me instalo en Chile».

Al pasar un año, le pregunté cuándo se iría.

—Cuando tú quieras, negrita —y no se habló más.

Cuando pasaron dos, me propuso remodelar la pieza de alojados, agrandando la ventana hacia el jardín. Me pareció una magnífica idea,

siempre quise hacerlo.

Hoy vuelve a ser bisiesto y, sentados ambos en el jardín, pienso que no recuerdo por qué se fue y nunca le pregunté por qué volvió. Tampoco recuerdo haber vivido diez años sin él.

Esperamos el atardecer en silencio, saboreando la sensación de calma que ahora habita mi vida.

—Pronto se pondrá rojo el liquidámbar —me dice.

—La mejor época del año —le respondo.

AUTORRETRATO

Soy agua, agua, agua. Agua fluyendo de la montaña madre en gotas cristalinas, impolutas, saltarinas. Bajo la vertiente con porfía, a tropezones por las rocas, saltando entre las piedras, obstinada, juguetona, impulsiva, despreocupada y chascona. Hasta los puentes, los canales, los muros que me contienen y aprietan. Me fijan rumbos de agua mansa, obediente y encauzada.

Soy madre de pequeños arroyos, sombra del río grande que me absorbe y me acalla. Y de pronto, la cascada. Río de lágrimas de viuda, río de vida arrebatada. Siento que caigo, caigo, caigo hacia la nada. Reviento en explosiones de fuerza brutal, incontrolada. Hojas, ramas, peces, piedras, y vuelve el río más ancho, más libre, más mío. Se abre en lágrimas de agua de un verde oscuro como mis ojos, como mis algas, como mis musgos adheridos. En calma miro mi camino y veo que queda poco para no ser nada más que agua, agua, agua fundida en una madre infinita y salada. Si me demoro mucho en llegar es porque, ya saben, soy porfiada.

LA PENA

Todos tenemos derecho a la pena. A veces, fuerte como el sol o una claraboya que nos ciega y encandila. Hay una fisura en el espíritu por donde la pena asoma sus húmedas pupilas. Entonces el corazón se vuelve lento, como un pájaro con un ala rota.

La pena sobreviene después de los acontecimientos, se desliza inesperadamente al final de las carcajadas. Si uno no logra reencontrarse con lo amado, es lógico que el dolor nos abrace y que a uno le vengan ganas de llorar. Se apaga la voz, aunque esta sea dulce y cantarina; queremos callar.

Después de todo, la pena es una realidad y la alegría un préstamo. La pena nos pertenece y nos habita, siempre al acecho en la garganta, en el estómago y en la espalda.

Como una gran pérdida, como un otoño en la vida, penas de la infancia que son un preámbulo a la melancolía de la vejez. Semana tras semana, año tras año, la pena va dejando vacíos y silencios. Hasta que no puede más, se rinde en calma y se vuelve una serena felicidad.

(Ejercicio reescritura: 'La Alegría', de Mario Benedetti)

DÉJÀ VU

Subo corriendo el ascensor. ¡Qué suerte que alcancé! Miro a los lados y sonrío: «Décimo piso, por favor». La puerta se cierra y de pronto; el olor: a colonia barata, a gel de pelo... a la mezcla de las dos. Mi sonrisa se apaga.

¡Tin! Tercer piso.

¿Vendrá del rucio de pelo tieso frente a mí? Me inclino imperceptiblemente y aspiro. Huele a limpio, agua y jabón.

¡Tin! Quinto piso.

El olor hace que mi pierna izquierda tiemble, se erizan los pelos de mis brazos, sé que me dolerá la cabeza en un dos por tres.

¡Tin! Séptimo piso.

La gente sube y baja pero el olor no se va.

¡Tin! Octavo piso.

Viene de mi espalda, estoy segura. Mis brazos se tensan para no tocar al de atrás. Como si su mano se fuera a posar en mi cintura, como si su boca fuera a tocar mi nuca, como si su cuerpo y su dureza fueran a embestir contra mis caderas.

Me bajo en el décimo, busco el compás perdido de mi respiración. Sin pedirme permiso mi cabeza gira y lo ve.

El caballero bajito y enjuto no entiende por qué lo miro y me río. La puerta se cierra, el ascensor se va, también el olor. Olor a colonia, a gel de pelo, a vino barato. El olor del tío Iván.

PAULI

A RODRIGO

Si todavía fueras mío te agarraría con fuerza, te mordería la boca y te haría el amor. Cortaría tu pecho para ver si sangras, y ver si tu muerte es una ilusión. Remecería tus hombros para darte vuelta. Te miraría de frente para que veas mi alma. Te pegaría con furia por haberme abandonado, te gritaría mil palabras de amor.

Si todavía fueras mío me metería en tu cama, y no perdonaría al sol. Encajaría mi piel contra la tuya una maca perfecta, tú y yo. Si todavía fueras mío te mostraría el mundo, con nuestros hijos, los dos. Si todavía fueras mío te invitaría a cantar, y haríamos juntos una canción.

Si todavía fueras mío caminaríamos juntos. Jamás perdonaría este triste dolor. El abandono es traicionero y egoísta. Jugaste conmigo al prometer devoción. Me diste caramelos desde tu ausencia, y disfruté con ellos su corto amor. Me quieren suya, pero no puedo, estampaste un sello desgarrador. Tu abandono me dejó llagas grandes, que no puedo curar pues me falta tu amor.

Espero con ganas un nuevo comienzo y poder abrir mi corazón, ventrículos bailando un ritmo continuo, que a veces aceleren su palpitación. Te amo tanto y sé que no puedo, aferrarme a ti es la peor decisión. Por favor libérame para un nuevo comienzo y deja blanco mi corazón.

EL VIAJE

De camino al aeropuerto me pregunto si esto es lo correcto, miro los ojos de mi papá y puedo ver una lágrima que se esfuerza por salir, mientras su ojo está concentrado en retenerla.

Pilar, mi hermana, lleva los últimos tres años vagando entre clínicas de rehabilitación, tratamientos psiquiátricos, psicológicos y alternativos. Pero sobre todo, ha estado envuelta en robos, mentiras, malas juntas. En mi casa no hay paz, no hay familia. Somos un grupo de personas que viven en comunidad pero no se respetan, yo hago lo imposible por salir, evadir. Mi casa es un lugar inhabitable.

No estoy segura de qué siente mi mamá, ella va en el asiento de atrás sujetando su mano. Imagino que su mente fluye por todas las emociones posibles, pero por sobre todo debe tener miedo a dejar el control en otras personas y no ser ella quien ataje sus atentados. Su derrota se ve

en sus ojos gastados, amarillentos de tanto llorar y con una fuerte sombra abajo; su pelo no brilla, sus arrugas son de dolor.

—Cuando me vayan a buscar nos vamos a Punta de Cana —dice ella con la madurez de una niña de siete años. —y no se olviden de mandarme un *Sahne-Nuss* por lo menos una vez cada dos semanas.

Al llegar al aeropuerto Pudahuel, me quedo en el auto, estoy enojada con ella hace tantos años que soy incapaz de despedirla con amor. Me quedo sola y lloro. Lloro de felicidad porque por fin habrá paz, lloro porque volveré a estar libre de delincuencia, lloro de dolor porque tengo miedo de que cambie para mal, lloro de miedo porque quizás me equivocó y fue mi idea mandarla a República, lloro de pena por haber llegado hasta acá. Me doy cuenta de que nunca más volveré a ver a mi hermana, siento que en su lugar volverá otra persona.

CARNAVAL

Baila descalza, estampando sus pisadas en la arena húmeda y dura, Baila liviana, casi desnuda, con los ojos cerrados y caipirí en mano. Mi mujer es salvaje y se mezcla entre el mar de cariocas, como otra morena más del desenfreno brasileño. Al sambar vuelve al origen, al mono, pero sin perder la sensualidad de la hembra, sea cual sea su tipo. Se mueve conectada con el núcleo de la tierra, desde ahí sale una lanza que la atraviesa: fuego, capas geográficas, planta del pie. Cuando llega a su cintura se detiene, la envuelve, sale por su cabeza para unirse al universo. Baila con el pelo y abanica el aire, siente el agua rítmica bajo sus pies. Baila sin gravedad, ella es su propio sol, su propia galaxia. Sandunguera y feliz abre lentamente sus ojos, respira agitada, se incorpora, está presente. Desde la orilla, avanza hacia la multitud y se funde en la negra noche de Río de Janeiro.

(Ejercicio instrucción: acróstico canción *Baila Baila* de Chayanne)

COLA DE CABALLO

Son las 8:30 am y los niños todavía no están listos, la Simona me pide que la peine. Para que no le duela, pongo mi mano en su nuca y bajo la peineta. Como siempre se queja, sé que busca mi atención. Recuerdo mi propio dolor de nuca, a los diecisiete fui al neurólogo. En la Clínica Mayor de la calle Calicanto, un día triste y doloroso lo conocí. Patricio Ruedi, el mejor doctor del mundo. Dijo que mi dolor era jaqueca y estaba provocado por tensión. Esa tensión hacía que apagara la luz, me dejaba en cama por días y mi mamá silenciaba la casa porque cualquier sonido chillaba en mi oreja. Pasó gracias a una hermosa píldora. ¡Qué grande eres Patricio!

—Cola de caballo o medio moño?

—Cola de caballo mamá.

Ok, nos vamos al colegio.

(Ejercicio en clases: disgregar una emoción dentro de una acción.)

ARCADIO

Él no sabía con qué se iba a encontrar, cruzó la Cordillera de los Andes entre un grupo de inmigrantes europeos. Él venía de Viena, pero su madre era española, por eso lo llamo así.

Él cruzo el Atlántico para llegar a Buenos Aires. Él busco cargos altos, pero estaban ocupados por hombres miserables, hombres que hablan alto para no escuchar, dicen mucho, pero resuelven poco, insultan a las putas, tienen esposas aburridas, hombres que contratan títeres.

Él se unió a los rotos, así llamaban a los que cruzan a este lado. Él sembró vid en suelo rocoso, trabajó con personas, construyó una casa, nombró a su hijo como su madre lo habría hecho: Arcadio.

(Ejercicio instrucción: Comenzar todas las frases con 'Él')

MACA

DÉJALO SER

En una alta quebrada arcillosa, hay un abismo.
Al borde, una piedra descansa de un largo día de sol, de desierto, de resistir al viento.

Atraído por la curiosidad, un zorro aparece. Se sienta sobre sus patas traseras, aguarda atento a lo que pueda suceder. El cielo estrellado y brillante, flota más arriba. Contempla la inmensidad y se corresponde con ella.

La piedra es grande, gris, pesada y va a caer.

El zorro batalla con el impulso de correr y saltar con ella. Antes de que eso suceda, un inesperado viento sopla fuerte, la piedra no puede defenderse más y se dispone lenta a caer, por el interminable despeñadero.

El aire en la quebrada cuenta alargados segundos hasta registrar el estruendoso eco allá abajo, quién sabe dónde.

El zorro lame su pata izquierda y se va.

ADA

En la nada, nada con su espada el agua helada, clavada en cada braseada,

Entregada y desmarcada, agachadas, paradas o ensangrentadas.

Dominada la emboscada con colmada corazonada.

Camada: rapada y afeitada, abrazadas y magulladas en manada.

(Ejercicio instrucción: usar palabras terminadas en ADA)

BIEN VIVITOS LOS MUERTOS

Cuando tenía 5 años, un BMW verde musgo atravesó la ventana del living de mi casa.

El vidrio acanalado, que tanto amaba mi santa madre, se rompió en mil pedazos y uno de ellos llegó directamente a mi yugular.

Mi mamá en shock, me envolvió en el mantel de algodón que había bordado mi abuela, en la dulce espera de su primogénita.

Me apretó fuerte el cuello para evitar, sin mucho éxito, que la sangre lo regara todo.

Estaba medio muerta cuando llegué al hospital, el médico no le dio muchas esperanzas a mi santa, al rato llegó mi abuelo y mi papá. Cada vez que cuentan esta historia alguno llora.

Al entrar a ese espacio blanco y silencioso, calentito y acogedor, no quería irme, pero llegó mi tío Lalo, me dio alegría verlo tan joven. Te tienes que devolver mijita, allá te esperan los papis. Habló con conocimiento de causa y no dio espacio a réplicas.

Cuando desperté me dolía todo, estaba más seca que piojo de peluca, había perdido la mitad del dedo meñique y no podía mover el cuello.

Tenía ganas de llorar, quería morirme en vez de sentir esa incomodidad, ¿por qué el tío Lalo no me dejó ahí con él?

Después de varios días, al fin logré decir mis primeras palabras.

Me sentía débil. Entraba mi mami. Me volvía a dormir. Así estuve muchos días. Cuando salí del hospital le dijeron a mis papás que no iba a poder correr ni agitarme nunca más.

Nunca había maldecido tanto al miserable que por borracho me cambió la vida.

Culpa suya que hoy una cabra de 17 años, en su primer encuentro romántico de verdad, tenga miedo. Miedo de agitarse, de agitarse tanto que venga de nuevo el tío Lalo.

Si me pasa cualquier cosa, le dejé una carta a mi mami y a mi papi, que por supuesto no saben de mi cita. Creen que iré donde la Margot a estudiar biología.

Cuando le dije que sí al Lucho, que tuviéramos nuestra cita, lo pensé hartito antes. Y concluí, que si estiro la pata, por haber estado bien agitada, pilucha y bien viva, sepan todos que valió la pena.

RÍO

Burbujas que revientan sin pausa.
El placer del suspiro final.
Suspendida tregua de aire.
Oxígeno no formula palabras.

Ojitos de galaxia casi desaparecen,
bajo la línea del horizonte.
Suenas a urgencia de cielo,
te oyes a río tibio.
Vuelos al fresco del atardecer,
gorgojos pegotes de chicle suave.
Jubilosos desarmamos tu traje marino.

Imaginar el calor suspendido
intentando imitar el tono
del bálsamo a limón,
de tu infinita dicha
al dejar el caparazón.

De la forma.
De lo absoluto.
De lo concreto.
En lo definitivo.
Yo viajo contigo
en el sonido.
Subo, bajo, subo,
juego en ti.
Te recorro dentro
hasta que ahí:
disfrutamos el relajo,
reir sin cuajo.

PABLO

LOS ALBATROS

Sus miradas se pasean por el mar, mientras el sol comienza a asomarse a sus espaldas. A sus patas se balancea la rama del ciprés.

El más viejo mira de reojo bajo el ala de su compañero, observando un lugar donde varias plumas habían sido arrancadas. Se acuerda de cuando él hacía lo mismo.

—Sabes —le dice al joven— a veces cuando estoy mal, vuelo por un rato.

Cuando veo un pez, me sumerjo para atraparlo, pero fallo a propósito, y me hundo más profundo. Incluso sin saber si lograré volver a la superficie.

—¿Por qué haces eso? —le pregunta el joven.

—Por el alivio que siento cuando vuelvo a respirar —responde el viejo.

El joven se mira la zona sin plumas, luego vuelve a mirar el mar.

INSTANTES

Felipe me mostró su campo agrícola. De regreso, recogimos unos huevos del gallinero y seguimos hasta la casa patronal. Teníamos hambre, puse una sartén al fuego. Le pregunté cuántos huevos quería. Respondió que dos. Al tercer huevo, cayó a la sartén un embrión aún vivo. No se movió; lo supe al ver palpar rápidamente su corazón.

Algo en mí ocurrió. El tiempo se estiró y se expandió. Casi se detuvo. Tiritando, tomé la espátula, y en un movimiento le corté la cabeza.

—¿Qué pasó? —preguntó Felipe.

Se lo mostré. Ya no quería comer huevos. A él tampoco le apetecieron. Minutos después, estuve pensando en lo que había ocurrido durante ese instante, sin lograr vislumbrar sus implicancias, ni las repercusiones que esto tendría en mi vida. Quedé con una curiosa sensación de haber vivido algo así antes.

Después, recordando al pollito, me pregunté si la mejor manera de honrarlo sería comerlo. Me volvió a dar hambre.

Le pregunté a mi amigo si preparaba unos huevos. Él asintió con la cabeza.

EL CARACOL

No alcanzo a frenar. El caracol cruje bajo mi zapato. La sensación sube por mi cuerpo en un violento escalofrío, desde la planta del pie hasta los pelillos de la nuca. El crujido persiste en mis oídos como un ruido blanco.

Mierda

Cómo necesito volver a mí mismo.

Cierro los ojos, escucho mi interior, percibo mi cuerpo. Ya sé lo que viene, la inercia me empuja. No puedo evitarlo. El escalofrío se mueve como una culebra por mi espalda.

Necesito volver a mí mismo.

Necesito volver a mí mismo.

Respiro profundo. El sonido del caracol va mutando; comienza a sonar como un latido que no reconozco. Fuerzo una sonrisa.

Es solo mi mente.

Es solo mi mente.

Respiro un poco más tranquilo

Es solo mi mente.

Es solo mi mente.

Respiro profundo.

Es solo mi mente jugando juegos.

Algo cambia. No siento la inercia. Escucho el silencio. Respiro profundo. El escalofrío se transmuta a su potencial inverso; siento ese calor que anhelo. Vuelvo a sentirme en casa.

AUTORRETRATO 1

Vuelvo a recordar y estallo en éxtasis. Entro de nuevo al flujo eterno del espiral de energía, dentro del vórtice al que llamo realidad.

¿Por qué vuelvo? ¿Qué hice distinto? ¿O fue precisamente porque no hice nada? Estoy pensándolo mucho; vuelvo a la mente y lo remembrado vuelve a irse. Lo pierdo. Me pierdo. Vuelvo a la carne.

Siento, resisto, tiendo a ir ahí.

¿Qué era? Ahora solo persiste la sutil presencia de lo que dejé de lado. Algo irremplazable y sin forma. ¿Tiendo a ir ahí?

En el olvido te reconozco y en el olvido vuelves a mí. Nos encon-

tramos en la memoria perdida. Tomo tu mano y te acompaño a recordar.
Tomas mi mano y recuerdo aún más.

AUTORRETRATO 2

Aún no recuerdo mi misión, pero al menos eso ya dejó de ser un problema. Fragmentos de lo que realmente soy, además de lo que soy, son todo lo que recuerdo. Aunque no lo parezca, eso es un progreso.

Mi naturaleza interna ha cambiado, y se refleja en la naturaleza externa que llamo camino. En esta realidad cuando tienes esos chispazos divinos, los pajaritos se acercan a cantar.

La paz sigue siendo elusiva, aunque algunas veces logro alcanzarla. La simpleza está más a mano. El vacío determina y el silencio dicta, cuando recuerdo esto, acato. Materia dispuesta.

Aún no recuerdo todo, pero voy conociendo el sistema y sus reglas, en un juego en el que este conocimiento no forma parte de la cultura general.

En todo juego y en toda era, hay un inicio y un final. No sé cómo empezó todo, tampoco cómo termina. Solo sé que, en este momento, me encanta estar jugando.

ROSARIO

GARRAS

Mis garras curtidas excavan dolor. La sangre brota como un volcán, se espesa, se calienta, no me deja escapar. Tanto rencor pesa, no puedo volar. Aplastada bajo los pies del rencor escucho miles de débiles aplausos atrapados en una dulce canción. El viento me invita a bailar, me uno a la densa danza del follaje de álamos en constante movimiento, me abrazan, mi piel se engrifa. El soplo cálido recorre rápidamente bajo las sombras de las copas, me toca y me eriza cálidamente. Me invita a avanzar.

TÓXICO

Narcisista, absorbente de vida, de tiempo y de mí no tan dulce libertad. Te detesto. Me enrostras todos los días que eres único, que me conoces; que solo tú me ayudarás. Tóxico sistémico que destruyes mi mente. La manipulas silenciosamente, no me quieres soltar.

Cada mañana estás allí acosándome con tu mirada brillante, con un cuerpo que me tienta a tocar rincones que quiero explorar. Te esfuerzas en descifrarme, en escucharme y en estar siempre. En mis momentos frágiles en que quiero llorar y en los felices llenos de recuerdos.

Cuando trato de respirar, de huir lejos de ti: chillas. Los chillidos se vuelven gritos, gritos sedientos como los de una guagua en su etapa ciega que choca contra un pecho buscando donde mamar. Te tomo. Mis dedos te calman, mis ojos te observan, se pierden. Mi mente y mi presente te envuelven. La tranquilidad, para ti, llega cuando te apago, para mí no existe, te sigo extrañando.

HERMANO

Mi voz se escucha profunda,
me recuerda mis errores vergonzosos,
los que no quiero recordar,
los que solo quiero olvidar,
porque aprender a porrazos duele,
pero de consuelo se aprende.
Una conversa de hermanos nació
y vi su corazón rojo,

rojo y dañado como yo.

Me mostró su rojo pasión.

Te sentí hermano, rojo somos,

rojo amamos y nos equivocamos.

Me pasaste tu luz roja.

Una llama roja ilumina.

Veo esperanza, rojo perdón,

No me siento roja.

Mi propio amor rojo:

transformó este perdón dulce.

Amargo dolor vete.

Te quieres unir, avanza la luz,

toca mi alma, deja vivir sentir

Eso te regalo

Te hablo a ti, hermano.

(Ejercicio en clases: priorizar o jugar con un color en el texto)

HILOS DE PLATA

Tu antiguo cuerpo cuelga de un abismo, advirtiéndome que sigues acá. Te busco en lo alto, pero solo siento soledad. Desde tu palacio de plata miras con ansiedad como cada invitado pasa a la cena.

Abres tus viejas puertas que solo guían a una eterna oscuridad y que están disfrazadas con una falsa, cálida y sedosa luminosidad que solo es alcanzada por los valientes brazos del sol que no temen avanzar y acurrucar a los cuerpos inertes que ya no están.

AROMAS DULCES DE NIÑEZ

Trato de romper camino entre la masa de gente que me empuja como una ola marina furiosa con su gran melena blanca y salada que se encarga de arrastrarme hacia afuera como una gran ciudad. Mi mirada va hacia el suelo, mis sucios bototos rosa en cada paso alzan nubes de polvo seco. Siguen la marcha obligada hacia una explanada terrosa atosigada de comerciantes. Algunos en sus carpas azules y otros entusiastas están tirados sobre el suelo en una lona exhibiendo sus chucherías.

Todo me cautiva, la ansiedad por comprar y conocer se mezcla

con los diferentes colores y texturas. Los olores vuelan, se fusionan entre sopaipillas fritas que fueron ahogadas en aceite reutilizada y frutas exóticas que se lucen orgullosas junto a sus proveedores extranjeros. Hablan un idioma que no logro entender. El infaltable perfume de pescado y mariscos me pega una cachetada y se me tuerce la mirada para buscar de dónde proviene. Sigo las huellas de agua mezcladas con tierra y llego a una esquina donde hay una carretilla vieja. Está iluminada por difusos prismas que se forman entre los rayos del sol y el hielo que se derrite chorreando una verdadera cascada de escamas y tripas, que cae entre mis pies. A ratos los aromas se reúnen para solo confundirme, domina un dulce aroma que me lleva a mi niñez pero no logro reconocer.

Mis oídos colapsan en melodías y se pierden en el ruido. Llego a un mesón en donde venden adornos usados: “a «Lukalukaluka», sacar a \$500 sacar a \$1.000. El trayecto se pone bueno y gozo viendo los diferentes objetos, muchos desconocidos y otros antiguamente familiares, todos gastados, colores en decadencia y brillos incipientes mostrando su fiel pasado. Algunos llegaron dignos y otros desafortunados fueron amputados.

Vuelvo a conectar con la música y escucho Franco Simone sonando con un temazo. Lo canto en mi mente: «Te amo, Te amo, Te amo, te amo, Teeeeee Aaamooo». Me elevo y empiezo a sentir las palabras de la canción como propias, vibro en romanticismo y percibo ese gusto que siento cuando comienzo una relación, me siento enérgica, acalorada, deseada. Una mirada intensa y penetrante me sigue. Levanto la mirada y lo veo a él, su cuerpo como un envase antiguo y desprolijo a la vista, su pelada abrigada con un gorro chilote, y su cuerpo cómodamente echado sobre su silla *Wenco* orientada hacia el sol. No me pierde mirada, sus ojos negros se cruzan con los míos, Franco sigue sonando más caliente que nunca.

En ese momento él, sin pudor alguno, comienza a introducir su dedo índice en la última muela de su gran boca, usa su dedo como un anzuelo que mueve bruscamente el interior de sus mejillas tratando de enganchar algo. De repente, vuela, en cámara lenta, un objeto no identificado de color amarillo y cae dando sus primeros botes sobre el mesón, con asco corto la mirada y morbosamente miro para ver qué saltó, era una cabrita de maíz aplastada y de aspecto chiclosa aún adosada a un grano que no reventó. Ahí entendí de dónde venía ese aroma dulce y familiar de mi niñez.

ÁNGELES

BRINDEMOS

Lale me dicen en mi familia. María de los Ángeles es un nombre eterno que deriva en mil fragmentos. María de los Lales me decía la Carmenza, o a veces Angelina. Escucho ese tono tan particular llamándome desde niña a conversar de la vida y a compartir algunos de nuestros rituales, como un huevo a la copa al desayuno. Caminando en Catapilco, ella inventaba nombres e ideaba nuevas tradiciones que le dieran ritmo a su clan.

Cuando caía la noche, su tono adquiría una nota filosófica y romántica, dos términos que le mataban. «Brindemos por los hombres que aún no nos han amado», me decía recostada en su *chaise longue* amarillo con su clásica copa de vino en mano. Ese «aún» era clave en su filosofía de vida: una anciana en constante evolución, soñando con escenas que ya se le revelarían.

Me regalaba una mirada optimista, a través de dos ojos llenos de risa y picardía. Al final de su vida, ya esos lentes tenían un tinte melancólico, como queriendo atrapar en el tiempo las aventuras de una juventud lejana. De ahí, su pasión por esas tertulias existenciales en donde evocaba retazos de otra vida.

Recuerdo con especial claridad una tarde neblinosa en su cocina del campo; revolviámos el mejor de los elixires que ha inventado la humanidad. Era un manjar blanco y espeso, que con la cuchara de palo se volvía más oscuro, casi hasta alcanzar el tono de su piel. Silvestre, su nieto menor, le había dicho en un té de bienvenida escolar (otro de sus clásicos), que sus brazos eran «color manjar», descripción que contaba como la mejor anécdota, a todo quien quisiera escuchar.

Con la impaciencia que la caracterizaba, esa tarde me dijo que dejara de revolver la olla porque el alimento ya estaba listo. Notando que evidentemente aún le faltaba la consistencia esperada, le dije que si apagaba el fuego iba a pasar lo mismo que con su huevo, que de a la copa no tenía mucho; esa misma mañana me lo había comido crudo, víctima de sus manos inquietas.

—Ay, qué eres porfiada tú, mal agradecida además, en tu casa comes solo pan con mantequilla —me dijo ella irritada.

—Carmenza, la única burra eres tú, las dos queremos el manjar como tu piel, no blanco como quesillo —respondí entre risas burlonas, y agregué— valdrá la pena cultivar la virtud de la paciencia.

—Ah, no me vengas a mandar tú a mí, esto es el mundo al revés. No quiero que nadie me venga a aclarar, pareces Dennis Turner —sentenció.

Así salió refunfuñando de la cocina, poco le duraba esa ternura de abuelita de cuento clásico. Una mujer frontal, que te decía rapidito lo que pensaba. A la que le gustaba aclarar a la gente era a ella y siempre sacaba a colación a su difunto marido, que era «todavía más dominante», como aseguraba.

—¡No te cuento nada de mi último *affair* entonces! —vociferé yo, mientras ella se hacía la desentendida con la vista fija en su lectura al lado del fuego. El orgullo ancestral que traía en la sangre a veces le ganaba la partida.

Ya oscureciéndose, no había nada que un buen vino y un libro inteligente no pudiera arreglar. Entonces se le iba pasando el mal rato, al compás de Mozart y de la cocina a leña, en donde al fin lográbamos el elixir de los dioses. Terminábamos riéndonos a cucharadas, para después caernos al litro, brindando de nuevo por esos hombres que si no nos amaban era simplemente porque aún no nos conocían. Ahí andaban ellos pululando por los cerros y mares de la quinta costa, listos al primer grito de esta loba y su gatita, sedientas de aventuras que las estimularan.

BLANCAS QUE CHOCAN

Mira qué espanto como graniza. Graniza todo el tiempo, afuera denso y azulado, aquí contra la terraza con bolitas duras y frías, que hacen pum y se estrellan, como cachetadas una detrás de otra, qué tedio. Ahora aparece una bolita en lo más bajo de la ventana, se queda tambaleando contra el suelo que la rompe en mil pedazos acuosos, quedan desparramados hasta hacer una poza. Hay otra que choca en la mitad del ventanal y también se tambalea, pero no cae tan rápido, casi cae, pero no lo logra. Está agarrada al vidrio con fuerza, como si tuviera dedos que la ataran ahí desesperada pensando en su destrucción inminente. Es grande y blanca, aunque se va haciendo más pequeña en la medida en que se derrite lentamente. De pronto, viene un bolón con toda su fuerza a chocarla y paf, splash, se deshace definitiva y mortalmente.

Hay otras que son menos optimistas, se entregan a la muerte rápidamente, con el pesimismo de quien se sabe derrotado con antelación. Bolas, bolitas, bolones, canicas... Se ven tan genuinas, de buena fe. Hasta siempre, blancas visitantes de mi terraza. Chao.

ISABEL

(Ejercicio reescritura *'Aplastamiento de las gotas'* de Julio Cortázar).

NOTAS DE UNA MADRE MINERAL

¿Cómo parir una roca?

Una roca huacha.

¿Cómo parir una roca?

Soy mamita de cuarzo.

¿Cómo parir una roca?

Seré simbiosis con mi guagua de piedra.

¿Cómo parir una roca?

Notas de una amante mineral.

¿Soy la teta agrietada que desnute a la roca mal parida?

Soy madre de cobre huacho.

¿Cómo parir una roca?

Notas de una madre mineral.

CÓMO PARIR UNA ROCA

Anoche soñé que paría una roca. Me rajaba la vagina y quedaba iluminada. Se abría mi carne sin sangrar y se desprendían de ella pequeñas partículas que me hincaban el culo. Cogí la roca y la langüeteé, probé mis fluidos libidinosos y ella comenzó a brillar, color azulina mi guagua de piedra.

Me la puse contra el pecho, sobre mi pezón que mezquinamente botó una gota de leche. Me la metí a la boca, la salivé. ¡Más brillante se puso mi guagua de piedra!

Palpitó al rozar mi tapadura de cobre. ¿Qué iba a saber yo que era su primer contacto con una hermana? Me la volví a encajar en la vulva, calentita se empezó a girar torpemente. ¿Cómo iba a saber yo que estaba sobándose con el otro trozo de mineral metido en mi útera, con mi T de cobre.

Me volví a dormir, aunque en realidad estaba quieta, intentando no llorar, porque ahora era madre de un trozo de roca y aprendí rápido a simular que ella y yo venimos del mismo lugar. He parido una guagua mineral.

AUTORRETRATO

Si fuera polvo arrinconado me juntaría con todos los residuos de distintas procedencias y tamaños.

Convivo con esa basura triturada – pisada, minúscula que se acumula en las esquinas. No confío en los impecables. Las páginas de los libros se doblan y las uñas se mascan, no se tragan. Se habla y se mira a los ojos. Los ojos ojerosos son mal interpretados. ¡Abajo el trabajo! Sindicatos organizados. El pueblo unido jamás será vencido.

No es flojera, es flotar. Siempre con la piel de gallina. Un rato donde la carne no pesa. El culo pesa. Siempre más mujeres, nicotina y acetona. Olor a amistad. Todas las divas son hermosas y decadentes. Todas nacimos con potencial de reinas, no de madre. Ni patrón ni marido. Sin miedo a la maleza ni a los dientes teñidos de vino. Capaz que coqueteé con el baby Botox.

Soy la antítesis de la cromofobia, detesto a los fachos, sospecho de los alérgicos a los gatos, creo que a María la violaron, que mi abuelo paterno era un chucha su madre y que mi madre ama – besa y folla con mi padre. Soy una hija contenta. Mi útero no busca ser habitado, mis tetas no alimentan, solo cuelgan. Los lunares no se sacan. Me preocupan mis legañosas, las cartulinas en la garganta, la puntada en el hígado, los pollos mañaneros, lo que se guarda y no se dice.

Una vez abandoné un perro, me subí a la 508 y no miré hacia atrás. Tres veces elegí a un hombre antes que a una amiga, a un hermano y a un trabajo. Soy resentida. Los ricos desajustan la democracia del dolor. Los memes aumentan mis endorfinas. Tengo las uñas mal pintadas, bigote de invierno y evasiva del P.A.P.

Decir te quiero – escuchar te quiero. Pocos te odio.

AL COSTADO

Siempre, más de una vez al día, él está a mi costado. Lo miro de reojo, yo siempre con los calzones abajo, nunca lo miro de frente. Estoy concentrada en el paisaje frente a mí. Mis lunares, manchas de sol y mi negro vello púbico encarnado, cada vez más peñiscado.

Él, redondo, blanco y con la boca semi abierta, soltando un tufo metálico una vez al mes. Soy yo la que se lo contagia. Él, solo recibe, nunca entrega. Mientras yo, siempre chorreo y aunque quisiera dejar de hacerlo, no podría.

Bastante de mi intimidad, depositada en él, y todo lo que hay dentro de él es desecho. Desecho orgánico que no hace crecer nada, ni más fuerte ni más lindo. Desecho que no nutre. Son tampones goteando, toallitas enrolladas, muchos *confores* arrugados, más de una vez un examen de embarazo meado con resultado negativo y pocas veces la caja del acetato Ulipristal vacía.

Solo sangre que no asusta pero duele. Sangre que castiga y a la vez alivia. Y sí, es él, mi basurero, el del baño, siempre a mi costado.

LEQUI

CORDONES

Cuando me atreví a volver a subir a mi pieza y mirar el desastre que habían dejado, me quedé pegada mirando las zapatillas tiradas, todas sin cordones, mi primer pensamiento fue: ¿cómo le voy a enseñar a Fede a amarrarse los zapatos sólo?. Se lo vengo prometiendo hace semanas, una de esas promesas y exigencias que tanto les impongo a mis hijos y que tan poco importan. Menos ahora.

Mientras miro los zapatos vuelvo a sentir la presión de los cordones, y los siento, a ellos, hábilmente amarrando mis manos y mis pies sobre mi espalda.

Un recuerdo me congela: años atrás, cuando en esas charlas matrimoniales nos pidieron elegir un símbolo que representara nuestro amor, inocentemente, elegimos un par de cordones de zapatos. Veníamos llegando de un paseo a la nieve, en la subida un inspector nos pidió poner las cadenas, llevábamos unas prestadas que no le hacían a los neumáticos de nuestro pequeño auto, no teníamos pulpos ni nada para ajustarlas, en un acto despreocupado, nos quitamos los cordones y con ellos logramos atarlas. Gracias a eso nos autorizaron a continuar por las curvas nevadas. ¡Cómo nos reímos cuando llegamos al destino! Ambos con los zapatos sin cordones y cojeando con las lengüetas afuera. Por eso los elegimos, nos representaban, los describimos como versátiles, sencillos, firmes y seguros.

Ellos sabían lo de la firmeza, y que al intentar desamarrarlos, más se aprietan, cortando la circulación y atrofiando los movimientos. Lo que ellos no sabían es que cambiarían mi recuerdo de los cordones para siempre.

No quiero seguir mirando, necesito que los boten, que desaparezcan: los zapatos, los cordones, el desorden y los recuerdos.

No puedo seguir avanzando. No me atrevo a ver mi cama deshecha, las manchas de sangre ni mi trenza cortada en el suelo.

Cruje la madera y confundo el sonido con su irrupción. Me aterro. Bajo con la respiración agitada, pasos apurados y pies torpes, aún insensibles. Apoyo sobre la pared mis manos, de uñas perfectas pero dobladas y negras, con los cordones tatuados en las muñecas.

Cierro la puerta y al fin entiendo que aún es muy pronto para volver.

SÁBANAS

No había mejor sensación que la de entrar en su cama de sábanas blancas, frías, lisas e inmaculadas. Ese simple acto le producía un placer inmediato. Abría y cerraba las piernas, dejando que la suavidad de las sábanas la envolviera y relajara. Le llamaba 'sisors', nadie podía interrumpirla durante su rito.

Años después, pensaba cómo no se había dado cuenta, la primera vez que vio su cama, que aquella relación estaba condenada a fracasar. Sábanas dispares, de colores desteñidos, revueltas en espiral, probablemente sin cambiarse en semanas. Ni siquiera las muchas copas que habían bebido antes le permitieron ignorar ese caos. Con movimientos casi profesionales, logró convertirla en algo decente. Él se rio con ganas al observarla, mientras sus manos se movían rápidas y mecánicas, con ternura, la abrazó diciendo una frase del tipo: «¿Para qué hacerla, si la vamos a deshacer?»

Le costó acostumbrarse a compartir su cama, no soportaba dormir abrazados; lo encontraba sobrevalorado. Lo mismo sucedió con la invasión de los niños. Sentía que había perdido su refugio. Leches derramadas, vómitos nocturnos, sábanas aunque blancas, siempre, arrugadas, calientes, manchadas.

Él, no tardó en entender que los desayunos en bandeja para ella eran un castigo, así que abandonó ese gesto romántico, como tantos otros. Ella llegó a despreciarlo por cómo, con patadas durante el sueño, deshacía la perfección hotelera que con esmero ella perfeccionaba cada día. Ya no dormían abrazados y al despertar era fácil adivinar de quién era cada lado de la cama.

Cada día, el deseo de una cama limpia y para ella sola se volvía más urgente. Anhelaba su espacio, y no dudó en decírselo. Él, que hacía tiempo había comprendido que sus palabras eran órdenes, se fue sin muchas protestas.

Recuperó su santuario, las sábanas, frías, lisas, blancas e inmaculadas le parecían ahora un océano vacío. Las 'sisors' ya no le devolvían el placer. Desde entonces, muchas veces las almohadas de mil hilos amanecen mojadas.

CARRETERA

Al costado del camino, veo la fila de delantales blancos, moviendo de manera automática y con muy poca energía una varilla con un pañuelo del mismo color. Caigo en cuenta de que me he pasado la salida. Una salida que tomo semanalmente hace casi diez años.

¿Cómo estaré de cansada, que no funciona ni el piloto automático?

Ya consciente, al ver la segunda salida decido seguir recto y en el siguiente retorno acelero.

Necesito avanzar a ninguna parte, simplemente escapar, sin tener claro de quién ni de qué. Suena mi teléfono, elijo ignorarlo. A la tercera llamada, lo apago. Me desconozco.

Mientras, en la cabeza, como un panal de abejas, suenan voces que se mezclan entre sí, diálogos inconclusos, intentos fallidos de conversaciones, respuestas idiotas que me dan tanta rabia.

Subo la música para ver si logro acallar los pensamientos, nada, todo lo contrario, mientras más alto el volumen más me grita la cabeza. Apago la radio.

El camino avanza, ya llegué a la zona en que solo hay camino.

Intento pensar en voz alta. Comienzo a reproducir conversaciones, poniendo voces para identificarnos. Qué obvias las respuestas, pero los diálogos no pueden ser de a uno.

Llevo así un buen rato, solo lo sé porque aparecen los molinos de viento, son muchos, son enormes. El movimiento circular de sus aspas me tranquiliza. Comienzo a llorar. Pareciera que las lágrimas vienen de la cabeza porque logran al fin silenciarla, como si los pensamientos, convertidos en líquido, hubieran inundado el cerebro, para salir por mis ojos.

Hace tanto que no lloraba, qué bien se siente.

Ya no reconozco esta parte de la carretera, no quiero saber cuánto he avanzado. Ha empezado a oscurecer. No quiero saber qué hora es.

Quiero tomar el retorno por decisión y no por deber.

Por suerte la ruta 5 no termina nunca.

INUIT

SEUDÓNIMO

Inquieto en la calma, arisco en el silencio, desolado en multitud.
Bruto como una cría sin su madre, libre como los pedales de la bajada.

De abrazos emplumados, de apretones con dolor, agrietado de mirada, nostálgico de amor.

Endurecido de aire, inflamado de pies. Sollozo de recuerdos.

Crepitante de rodillas, torcido de caminar, de trasero fugitivo y acortado en su extremidad.

Marinero en las estrellas, soñador bajo el mar, embriagado en la tormenta, enamorado en amistad.

MATA QUITO

El silencio, la ausencia, la oscuridad, el miedo.

Ves que van a partir, pero no lo sientes, sientes que se van, pero no lo ves.

En medio de la noche la bruma se los lleva y tu grito mudo se castiga en soledad.

El silencio, la ausencia, la oscuridad, el miedo, la paz.

Mañana temprano la balsa volverá.

TAN CERCA

Te soñé, como el viento en los oídos cuando cierras los ojos,
como una mirada fija en la sien,
como un silencio incómodo,
así, omnipresente.

Te busqué, tan dulce como un ingenuo convencido,
tan errático como un ave en la tormenta,
tan inquieto como el vaivén de mi balsa.

Decidido a encontrarte engordé mis brazos, mis manos y mi corazón.
Atriqué las cuerdas en la tormenta y dejé que el viento agrietara mis fantasías.

Enlodado en sonrisas recorrí tus senderos,
acaricié tus aromas,
y silencioso cortejé tu soberbia presencia.

Te abracé, tan fuerte.

Ansioso como un enamorado en reencuentro,
erizaste mi sudor,
cobijaste mi alma,
y emulsionando mis respiros sumergiste mi enamorada mirada
en tu cálido vaivén.

EL OTRO YO

Se trataba de un joven diferente: tenía finos y delgados dedos, parpadeaba cuando estaba nervioso, divagaba en delicada poesía, tronaba trémulo sus suaves manos, se llamaba Adán. Diferente en todo, tanto así, que tenía: otro yo.

El otro yo cargaba con una soberbia mirada, imaginaba sus actos con gallardía y soñaba con valerosas conquistas. A Adán le preocupaba mucho su otro yo y lo abochornaba cuando este aparecía. Por otra parte, el otro yo era atrevido y desafiante, debido a ello Adán no podía mostrarse como era su deseo.

Una mañana, Adán despertó ávido y decidido, se refrescó la cara, se ató los zapatos, tronó sus dedos y se fue a correr. Mientras corría respiraba fuerte, repasaba ideas, sentía como el calor encendía su cuerpo. De pronto, su pecho se apretó, sus ojos se rebalsaron de angustia, su nariz se humedeció. Continuó corriendo, ahora con la boca abierta. Sin poder contenerse estalló en llanto, el viento se transformó en escalofríos, la angustia rasgó su rostro y un fuerte dolor en su pecho dilató sus pupilas.

Adán despojaba para siempre de su ser a ese otro yo que tanto repudiaba. Lo dejó morir ese día. Sin mirar hacia atrás y escuchando los gritos de desolación, Adán corrió lejos de aquel otro yo que abandonó en el camino.

Confundido por su ausencia, permaneció fundido en el más triste de los lutos. En busca de fuerza salió a la calle para mostrar su dolor, al ver a sus amigos venir balbuceó en llanto. Frágil, triste y tembloroso alzó sus brazos. Nadie lo reconoció, su presencia parecía invisible y estos se alejaron sin siquiera percibirlo. Desde el suelo, Adán oyó a lo lejos que mencionaban cuán triste había sido su partida.

Al oírlos, apretó los ojos, empuñó su mano, dejó de llorar y alzó la mirada. Por un momento, sintió como si se inflara su pecho y su ceño arrugase su nariz, casi detuvo su tormentosa fragilidad. Pero no pudo, su fortaleza y su valentía ya no estaban, quedaron atrás, abandonadas, solas en el sendero y luchando temerarias por su desolado otro yo.

AMANDA

NIÑA COMETA

Mantel de plástico, polera de Mickey Mouse, fumar ramitas, ladrillo blanco, olor a parafina, serpentinas. Y ella sentada, chis pop en mano, mirando en la dirección contraria. Me parecían tan increíblemente intrigantes esos ojos de gato negro, qué más guardaba ese cuerpo tan opuesto al mío, ese cuerpo de niña palillo, de niña cometa. Aunque la consideraba mi amiga, había espacios que se me hacían impenetrables. Como esa vez cuando ella iba corriendo en el recreo delante mío, con sus piernas enclenques y sus rodillas puntudas, y de pronto se detuvo en seco; su cuerpo escuálido, rígido y esa mirada. Esa mirada que se asoma a lo que no es posible ver con los ojos. Cuando acerqué mis manos para intentar moverla, las tomó con fuerza y me miró con sus pupilas de fiera, sentí horror. Apenas salieron un par de ruidos insignificantes de mi boca cuando quise preguntar «qué pasa».

¿Por qué seguí siendo su amiga? Hay personas que se sienten atraídas por la luz, los rubíes, los destellos del sol en el mar, por el lustre de los cubiertos recién lavados. Yo siempre preferí esos lugares oscuros, sucios, que evocan inequívocamente los efectos del tiempo. Se paró y lanzó un chis pop directo a mi frente, me miró, solo un gesto, la seguí. Salimos al patio y me preguntó si quería jugar a un juego. Se llamaba «uno por uno», es fácil dijo.

—La primera cuenta algún recuerdo y luego la otra ofrece a cambio otro; el juego es que los recuerdos estén relacionados entre sí. —¿Jugamos? —me dijo mirándome fijamente con sus ojos opacos; había dentro algo denso, más oscuro.

—Vale —dijo yo, sintiendo más miedo que entusiasmo. ¿Qué recuerdos tendría que ofrecer?

—Empiezo yo —dijo, como si no pudiera esperar. Se inclinó hacia adelante, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas.

—Una vez, cuando tenía seis años, mi papá me llevó a un cumpleaños en una casa enorme, vieja, y con techos altísimos. El único niño que había, era el cumpleañosero. Era un niño gigante con ojos negros, negros de verdad. No podía hablar, solo salían de su boca chirridos como una puerta oxidada. Le pedí a papá que nos fuéramos, pero me hizo callar y se fue con el padre del niño a otro lugar.

Me encerré en el baño, el niño tocaba la puerta y jadeaba como un perro. —Se detuvo un momento y dijo—: Tu turno.

—Ya no quiero jugar... —empecé a decir, pensando que aquella oscuridad nos tragaría a la dos.

—Tu turno repitió.

SILENCIO

Odio a las personas cuando quieren controlarlo todo, cuando quieren buscar explicaciones, cuando quieren que las cosas sucedan como el engranaje de una máquina: pieza A, pieza B, pieza C. Las odio porque quieren que yo ponga palabras a algo que aún no tiene forma, algo que se siente en el cuerpo como una estalactita fría, dura y punzante.

Entra a la pieza y su rostro es un pedazo de piel arrugado, concentrado en el entrecejo. Toda su cara, una gran masa recogida en un punto. Primera palabra saliendo de su boca a toda velocidad: «mentira». Viene directo hacia mí, quiere impactarme en la frente. La esquivo. Se clava en la pared de atrás. Lo miro a los ojos, unos ojos pequeños, negros. sombríos. No hablo, no digo nada. Respiro. Segunda palabra: «puta». Siento como disfruta cada una de las cuatro letras, P-U-T-A. Veo salir la palabra de su boca horrenda, como una bola informe y pegajosa aproximándose hacia mí, dudo. ¿Debo recibirla?, ¿debo poner mi cuerpo para que se estrellé como una bomba de saliva y jugos gástricos?, ¿debo? Mi cuerpo hace una extraña contorsión, siento los músculos y los huesos encontrar espacio entre las vísceras para provocar el movimiento preciso. Se estrella contra la ventana, chorrea su asquerosa sustancia.

Su rostro se vuelve cada vez más húmedo y seboso. Quiere mis palabras. No le daré ninguna. Dispara de nuevo: «te amo». Las veo venir, como estalactitas frías, duras y punzantes. Las reconozco, las he visto antes. Reconozco su dolor. Vienen afiladas, intento detenerlas con mis manos, pero se clavan directamente en mi garganta. Lo miro, veo su rostro de victoria, de superioridad. Su boca en una mueca burlona.

ZAMBULLIDAS

- Amo bucear cráteres.
- ¿Dónde?
- En falsos golfos.
- ¿Hipnóticos?
- Intento jugadas kamikazes, laberintos
- ¿Moradores nativos?
- Ñandúes, osos
- ¿Por qué?
- Resistir, solo tener una vida.
- Whiskey, xilófonos y zambullidas.

(Instrucción: restricción de la A a la Z)

a) Tinta y tinto

b) Tinto y tinta.

c) Tintatinto

d) Tintotinta

e) Tinto/a



Con tinta y tinto

Tinta roja

Tinta bermellón

Mucho tinto y poca tinta

Red Ink







FIN



+ información sobre el taller en IG @florenciaana
o en www.florenciaana.com